

LUIS CORREA

Tema: "El Bolívarismo de Juan Vicente González"

3 de febrero de 1928

*Señor Ministro de la Instrucción Pública.*

*Señor Director de la Academia Nacional de la Historia.*

*Señores Académicos.*

*Señoras y señores:*

Al acercarme con paso trémulo a vosotros, realizo un voto de juventud por largo tiempo contenido en mi corazón: el de pertenecer a este senado de las letras donde un día pude admirar de cerca la prócer figura de Eduardo Blanco, los modos cortesanos de Saluzzo y la integridad patricia de Tejera. De entonces a acá han pasado algunos años. La muerte ha cumplido su misión de exterminio y la vida la suya de renovación y de esperanza. Y en los claros que dejaron aquellos varones insignes, nuevas ilustraciones, afortunados cultivadores de las ciencias y la literatura han venido a colocarse, al amparo de una tradición que obliga y enaltece. Comprenderéis ahora mi turbación y desconcierto. Turbación y desconcierto que suben de punto cuando pienso que he sido llamado a ocupar el sitio del doctor Félix Quintero, cuyo nombre escribo con un sentimiento de pena íntimo y profundo, puesto que ya él no representa sino una memoria grata, o acaso con más propiedad la sombra leve de un sueño, según la expresión del árabe cantar.

El doctor Quintero fue mi maestro en el colegio de "Santa María". Enseñaba filosofía por el método de Balmes, que con ser tan claro nos lo parecía más a sus discípulos explicado por aquel profesor joven, de modales distinguidos, que no desdeñaba la anécdota picante ni aun los vocablos de subido color, siempre que se tratara de hacernos comprender los inmutables postulados de la lógica y las vagas y sutiles definiciones de la moral y de la estética.

"Santa María" fue un gran plantel educacionista. El licenciado Aveledo, su fundador y sostenedor por más de cincuenta años al través de crudas luchas y de épocas difíciles, era un patriota austero y un ciudadano ejemplar. Pertenecía a una raza que desapareció en silencio, arrastrada por los tumultos de nuestra evolución democrática. Continuaba a Vicente Méndez por el desinterés, a Montenegro y Colón por la austeridad, a Juan José Aguerrevere por la pureza de las costumbres y al licenciado Manuel María Urbaneja por el verbo sugerente y armonioso de sus explicaciones en la cátedra de matemáticas. ¡Sabía enseñar! Y allí están, de cara al tiempo, los anales de "Santa María", como palpable demostración de esta verdad. Bajo su dirección se formaron hombres útiles a la Patria, que él miraba alzada en medio del camino, como aquellas resplandecientes visiones que salían al encuentro del Dante en los círculos de la infinita beatitud. En ese ambiente, cordial y luminoso, aprendí a estimar al doctor Quintero. Entre discípulos y maestros se encienden hogueras de simpatía a cuyo rescoldo nos acercamos siempre con emoción. Me expreso así para venir a la conclusión de que mi cariño por el doctor Quintero se había fundido en el molde de un sentimiento inalterable. Poco importa que el correr del tiempo y por sendas opuestas, yo hiciera mi camino y él hubiera andado el suyo. Cuando volvimos a vernos frente a los pinos que ponen un sello de bucólica ternura en el patio mozárabe de la Academia de la Historia, fuimos de nuevo el uno para el otro: él el maestro y yo el discípulo del colegio de "Santa María".

*Arrastrando el ala* como el pichón de La Fontaine llamaba yo un día a las puertas de esta Casa. Y fue de un gran alivio para mis decepciones el que saliera a recibirme con los brazos abiertos y la sonrisa en los labios, mi antiguo profesor de filosofía. De ella y mucho necesitaba en aquel trance que movía mis pasos hacia la Biblioteca de la Academia, en busca de un refugio acogedor. Y por dos años fui, no ya el discípulo, sino el compañero y el amigo del doctor Quintero.

Desconsolador pesimismo helábale el corazón. Había sido Ministro del Despacho Ejecutivo y de una Corte de Justicia; Profesor de la Universidad y Senador de la República; había sentido las caricias del aura popular como orador de no comunes dotes y obtenido triunfos notables en su carrera de abogado. De todo eso no le quedaban sino los modales del hombre del mundo, la tristeza de una obra no realizada y los dulces afectos de familia ensombrecidos por la muerte. Por educación, por temperamento y sin duda por lo que Bourget ha llamado "la presión formidable de las tendencias hereditarias y de los conocimientos adquiridos", el doctor Quintero gustaba con deleite del pasado. Amaba a los hombres de 1830. Si alguien le hubiera preguntado cuál era su mayor ambición, estoy seguro de su respuesta: rivalizar con Fermín Toro en la Convención de Valencia, o tener como su tío, el doctor Ángel Quintero, el orgullo de haber firmado la primera Constitución de la República.

Tengo también, ignoro por cuál secreta afinidad de mis gustos, una inclinación muy marcada por las cosas del pasado. Debo a esta aptitud temperamental mis aficiones a la historia, particularmente a la de nuestros grandes escritores y poetas. Vacilaría entre un daguerrotipo y una de esas figuras de ahora, estilizadas y sonrientes, y creo que al fin me decidiría por la antigualla. No quiero decir con esto que me he quedado en el camino, inmóvil como la mujer de Lot. Amo el progreso y aspiro a ser hombre de mis días; pero no el progreso brusco ni la ascensión por saltos, sino aquella suerte de equilibrio natural que trae a la primavera tras de los rigores del invierno, para que el brote sea más espontáneo y la canción se nos adentre en el alma con ritmo más durable. Creo que así como el porvenir está en el presente, el hoy estuvo en el ayer, acurrucado como en el vientre materno el niño dormido del poema de Tagore.

De todo esto solíamos hablar el doctor Quintero y yo en su despacho de la Secretaría de la Academia. Pasaban a nuestros ojos hombres y acontecimientos: en ronda discreta unas veces, otras en la más revuelta confusión. Y fue con frecuencia tema predilecto de nuestras conversaciones la enorme y original figura de Juan Vicente González. Recordábale yo cómo fue en "Santa María" y por boca del licenciado Aveledo donde por primera vez oí mentar al formidable polemista. Me hablaba él del "Manual de Historia Universal" como una de las fuentes más seguras para la formación del buen gusto literario, y me refería anécdotas del autor conservadas cuidadosamente en su familia. Hoy, esas conversaciones toman la forma de un mandato ineludible. Juan Vicente González precedió al doctor Quintero en la abnegada función de dar lecciones a la juventud; los dos fueron maestros: el primero en una sociedad tumultuaria, entré los gritos del cuartel y las algarazas de la plaza pública; en días menos inciertos el segundo. Ambos cumplieron con su deber de ciudadanos al ponerse desinteresadamente al servicio de la cultura nacional. ¡Al unir sus nombres en una evocación alegórica de patria y de justicia, creo rendir el más grato homenaje a la memoria del doctor Quintero!

## EL BOLIVARISMO DE JUAN VICENTE GONZÁLEZ

*El amor a Bolívar forma parte esencial del sentimiento de nacionalidad y no se concibe que pueda serse hijo de Venezuela sin ser bolivariano.*

JUAN VICENTE GONZÁLEZ

En las postrimerías de su accidentada existencia Juan Vicente González escribió estas amargas palabras:

"Páez fue el odio de mis primeros años; la naturaleza me había hecho bolivariano. En mis luchas políticas, precisado a apoyarme en algún partido, caí en el que Páez presidía: las turbaciones le habían dado autoridad; los peligros hicieron de él un ídolo; la fiebre del entusiasmo ajeno se deslizó en mi corazón. Sí, yo elogí a Páez: ése es mi crimen, que he llorado y expiado largamente. Esas alabanzas emponzoñaron nuestra juventud e iban a sobornar la historia. Pero ¿qué no he intentado para neutralizar el mal que había hecho? Mientras se mantuvo en Norte América, para no ser causa de nuevas divisiones en un partido tan desgarrado, me contenté con censurarle entre los amigos; mas apenas pisó nuestras playas sediento de oro y sangre, mi pluma lo saludó francamente: —La mano de Dios, dije, se ha endurecido sobre la cerviz del viejo impenitente. Hele aquí que ya llega a rehacer la historia, a destruir la fábula de nuestro cariño, a morir en la infamia, después de haber vivido en una gloria impostora."<sup>1</sup>

Todo el drama de su vida se explica por estas frases que le arrancaba el despecho. Nacer bolivariano y lanzarse por el camino opuesto, a sabiendas y como empujado por adverso destino; bañarse en los últimos resplandores de la epopeya bolivariana y tener que limitar sus ambiciones a la lucha sin gloria y a la intriga sin fortuna; vivir, en una palabra, en contradicción con sus ideales, he aquí la historia, no ya de Juan Vicente González sino de toda la juventud venezolana surgida con la República a las actividades de la acción política y de la inteligencia constructora. Baralt, Toro, José Hermenegildo García, sufren del mismo mal sin remedio y pasan por las mismas penas, íntimas y desgarradoras. Pero es Juan Vicente González por sus cualidades y defectos, por haber saltado con más bríos a la palestra y haberse confundido en más de una ocasión con sus enemigos en el torbellino del combate, quien representa con mayor exactitud la fórmula de ese intrincado problema de ética literaria.

Juan Vicente González nació en Caracas en 1810. Dioses malignos ennegrecieron sus pañales. De su padre se encuentran vestigios al correr de los años; de su madre sólo hay huellas visibles en la acerba fuente de sus lágrimas. "He nacido en esta ciudad, escribe en 1845; una mujer del pueblo formó mis entrañas, y una mujer que amaba al pobre, que era la compañera del que sufría, cuidó de mis primeros años. "Llamábase esa hada piadosa doña Josefa Palacios y Obelmejía. Aleccionada por el dolor y fuerte como una matrona antigua, ella vio caer, muda de espanto, la cabeza de su marido en las hecatombes de Ocumare. Y la caridad fue desde entonces el único consuelo de sus días."<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Juan Vicente González, *Carta a los conocidos incógnitos*, en *El Eco de los Estados*, núm. 38 de 16 de julio de 1864.

<sup>2</sup> A los catorce días, el 16 de marzo, Rosete ocupa de nuevo a Ocumare, renovando los pasados horrores y proclamando la libertad de los esclavos y el saqueo y matanza de las poblaciones. Murieron a sus manos don

¿Cómo extrañar que ya hombre, Juan Vicente González trajera la propensión romántica al sollozo, al ímpetu sin dirección y a la fuerza sin equilibrio? El romanticismo ha debido nacer en América, ha escrito con sobra de verdad un gran escritor peruano.<sup>3</sup> Ante los contrastes de la naturaleza americana, en la muda contemplación de un mundo nuevo, halló Chateaubriand el camino de *René*, que era como hallar su propio camino.

Por otra parte, los peligros de una lucha sin cuartel; el afán de dilatar los horizontes; la movilidad y el brillo que imprimió Bolívar a la guerra de la Independencia, se ofrecían con pompa magnífica y como señuelo inalcanzable a la juventud de 1830. "Nacido un año después que Venezuela dio su grito de independencia, creado en medio de los furores de la guerra a muerte y el ruido de sus combates y victorias, crecido entre las tempestades que precedieron a su organización definitiva y a su breve edad de oro, testigo y actor de los últimos acontecimientos, pertenezco a todas sus épocas por algún punto, conozco sus hombres y las pasiones e intereses que los movieron."<sup>4</sup> Son los mismos acentos de Musset en "La Confesión de un hijo del Siglo"; es la misma impotente rebeldía de esa generación concebida entre dos batallas y educada en los colegios al redoble de los tambores de que nos habla el lírico de "Las Noches". Las frentes juveniles se doraban de ilusiones que morían al amanecer, y los anhelos se ahogaban con los sollozos en sus débiles gargantas.

Un acontecimiento extraordinario señaló a Juan Vicente González la ruta de su exaltado bolivarismo. En 1827, después de los escandalosos sucesos ocurridos el año anterior en Valencia, el Libertador había sido llamado a Venezuela por todos los partidos. Su entrada triunfal en Caracas en la mañana del 10 de enero, es uno de los grandes acontecimientos de la ciudad. Ceñían su frente los laureles de Junín y las multitudes lo veían pasar como la Musa de Olmedo, *arbitro de la paz y de la guerra*, entre nubes de incienso y cantos de alabanza. Para los jóvenes, sobre todo, Bolívar era un dios, y encendidos en las ardientes pasiones de la época quemaron sus orobias en los altares de la universal aclamación.

Apagada la civil discordia por uno de esos actos de personal generosidad a que era tan inclinada el alma del Libertador; frente a los estragos de la naturaleza y las desgarraduras morales de los corazones, se imponía para Bolívar una tarea de reconstrucción sin precedentes. Todo estaba por hacer; todo había sido devorado *por la cruel guerra de los hombres feroces*. ¿Con quién contar? Con los recursos de su espíritu, con el soplo creador y vivificante de su genio. Sólo que Hércules había hilado en la rueca de Onfalía, y no era ya sino la sombra de aquel a quien sus enemigos temían más en la derrota que en el triunfo. Al desceñirse los bélicos arreos, el pesimismo le amargaba con los venenos de la duda, y el mal del siglo, el mal de *Werther* y *Manfredo* se le entraba con incurable tristeza en el corazón. Y frente a la situación creada por los acontecimientos, frente al caos de una América en delirio, su pasión de artista, don supremo de su vida milagrosa, se revelaba con indómita energía.

Los Decretos que dictó en Caracas fueron la obra de la necesidad. Las leyes que servían para Venezuela eran apenas aceptables para ciertas regiones de Nueva Granada, y

---

Diego Hurtado, doña Juana Aristeguieta y don Pedro de la Vega, esposo de aquella insigne matrona, modelo de virtudes, amparo y consuelo de nuestros juveniles años. JUAN VICENTE GONZÁLEZ, *Biografía de José Félix Ribas*.

<sup>3</sup> Ventura García Calderón

<sup>4</sup> JUAN VICENTE GONZÁLEZ, Páginas de la Historia de Colombia y Venezuela o Vida de sus Hombres Ilustres. En el libro de matrículas de la Universidad, la más segura fuente de información sobre sus orígenes, aparece Juan Vicente González como nacido en 1810.

las de ésta tropezaban con intereses y puntos de vista absolutamente distintos en el Ecuador. Él lo sabía mejor que ninguno. Desde su célebre y admirable discurso de Angostura, obra maestra de previsión y buen sentido, asignaba a los factores étnicos y geográficos la influencia que las ciencias contemporáneas señalan a la evolución de las sociedades.

El carácter feroz que tomó la guerra en Venezuela y las tendencias igualitarias de sus hijos, pedían una forma de gobierno más enérgica, más personal que para el resto de Colombia. El Código de Policía que el Libertador sometió a la opinión pública<sup>5</sup> consultaba las necesidades más urgentes, aconsejaba remedios heroicos, y contenía en su esencia la única fórmula de gobierno que se adaptaba a las circunstancias.

Entre los Decretos de 1827 fue el más importante el de 24 de junio, que organizaba el régimen de la Universidad de Caracas y el que al día siguiente pautaba el establecimiento y organización de la Facultad de Medicina. Empobrecida; diezmada por la vorágine las filas de sus alumnos y profesores; combatida por sus propios elementos; apegada a sus tradiciones y fuerte aún en medio de sus desgracias, la Universidad recibía con esos Decretos el impulso vigorizador que necesitaba. Ya el Padre Ávila, con la autoridad y el ascendiente de su persona, había escrito a Lima, pidiéndole al Libertador una ayuda para la vieja y arruinada Casa de Felipe V, sacudida por la Revolución con ráfagas de tempestad. Pero fue en un hombre de la más elevada talla moral, de inteligencia poderosa y de carácter franco al par que enérgico, en quien el Libertador puso los ojos para esa obra de renovación. El doctor José Vargas tenía las condiciones necesarias para tan alto encargo. Ajeno a la política militante y a las intrigas de campamento que el año anterior se habían desarrollado en la ciudad de Valencia; ausente de la patria en lo más espantoso de la barbarie y la anarquía; nutrido en Europa con los conocimientos de una ciencia que hermanaba la sabiduría con el altruismo, llegaba a su hora para dar a la tierra que lo vio nacer, lo que leal y noblemente podía ofrecerle sin desdoro. El momento parecía propicio para hermanar la inteligencia con la espada. Forjada por el hierro y por la sangre, Venezuela era una Minerva a quien faltaban las alas armoniosas. Bajo el casco bronceo había que iluminar su faz con la luz de las bellas palabras y fijarla de nuevo sobre el abandonado pedestal. Para dar comienzo a esa tarea civilizadora, el doctor Vargas fue nombrado Rector de la Universidad de Caracas. Una fiesta literaria se había organizado con anticipación de algunos días en honor del Libertador. Todo era bullicio y animación. Los profesores perdían su habitual gravedad; los alumnos discutían con calor por los largos y sombreados corredores. Juan Vicente González, que estudiaba el último año de bachillerato, era de los más exaltados. Del jazminero de Indias que embalsamaba el cercano convento de las Monjas Concepciones, volaban ráfagas de ensoñación y misticismo. De cuerpo nacido, proclive a la obesidad, encorvado bajo el peso de sus dolores prematuros y de su *infancia sin madre*, había en él algo de irónico y grotesco a la manera de Scarron; y por sus ojos menudos pasaba con frecuencia un relámpago de melancolía.

La fiesta se efectuó con la seriedad y circunspección de aquellos tiempos; La capilla<sup>6</sup> donde años atrás se había celebrado, como en el portal de un nuevo Belén el nacimiento de la República, estaba iluminada con propiedad. La luz de las bujías se quebraba en los cristales y doraba los plateados candelabros; pensamientos alusivos

---

<sup>5</sup> *Proyecto de Decreto sobre Policía General que somete al examen público el Libertador*. Caracas, en la Imprenta de Valentín Espinal, MDCCCXXVII

<sup>6</sup> Hoy salón de sesiones del Ilustre Concejo Municipal.

colgaban de los muros entre festones de gasas y de flores. Se defendieron con ardor, como en una justa caballeresca, los temas señalados en el programa, y subió luego a la tribuna, pálido bajo la negra toga, el doctor Tomás José Hernández Sanavria. Con frases macizas dijo el elogio del Libertador. Borraba así el joven letrado, con palabras de fe en los principios del Derecho y de acatamiento a las conquistas de la Revolución, sus complacencias con Morillo en las fiestas palaciegas de "La Guía", y las saetas maliciosas del cantar popular que lo asemejaba con Boves y Morales. Tras de bosquejar la vida del Libertador y sus innúmeros trabajos por la libertad; de detenerse con gesto patético sobre los horrores de la barbarie provocados por el exterminio y la matanza, y de seguir como en suspenso la carrera que trepa las más abruptas cimas de los Andes y remata con la fundación de un nuevo Estado, Sanavria se enfrenta al Bolívar político, al Bolívar orador y escritor, y prorrumpo con entusiasmo: "Esos monumentos eternos de la sabiduría que delineó su pluma, son más fuertes que el mármol y el bronce en que se graben sus batallas".<sup>7</sup> Es fácil suponer el estallido del aplauso estudiantil y el que ahogó las frases finales del discurso en las que exhortaba a la juventud a consagrarse a la patria, al ejemplo del personaje ilustre que festejaban.

Juan Vicente González conservó un recuerdo indeleble de aquel acto, que decidió, puede decirse, de su suerte. La mirada del Héroe se posó sobre aquella carne mortal, sobre aquella arcilla miserable, transformándola en oro de los más puros quilates. Fue como la vela de sus armas. Al consagrarse a Bolívar desde aquel minuto inolvidable, lo sobrecogía el mismo sentimiento religioso de que nos habla Stendhal en sus primeras páginas de la "Vida de Napoleón". Catorce años después, en ocasión semejante y bajo el artesonado del mismo claustro universitario, Juan Vicente González no puede prescindir de una poética invocación a sus recuerdos: "Ahí, en ese sitio en que hoy aparece solamente, para consolar nuestro dolor, tu venerable efigie, ahí te vi yo (¡cuán diferente!) rodeado del aparato de tu grandeza, entre tus valientes compañeros, doctores a tu lado, inscripciones y trofeos a tus pies y el perfume de la alabanza embriagando los sentidos."<sup>8</sup>

Pero todo pasa, todo es efímero en este mundo, como con frase entristecida se expresó el Libertador al abandonar para siempre, en la calma de un presentimiento sombrío, a la ciudad que meses antes se salía de sus muros para recibirlo, y sacaba por entre rosales y laureles el ancho pecho de amazona. Vencido, doblaba el Libertador por la Trinidad y subía la cuesta Galipán al tardo paso de su cabalgadura. Su noble actitud de desencanto parecía anticiparse al momento en que el arte, en puro mármol de Carrara, fijará para la inmortalidad sus rasgos varoniles.

La desintegración de Colombia era inevitable. Causas hondas y complejas que sólo el Libertador alcanzaba a medir, aumentaban el caudal de las aguas turbias que se arrastraban a su paso. De Caracas, de Quito, de Bogotá, partían envenenadas las ambiciones y la intriga. Ya nadie se acordaba, como cuenta Tácito que sucedía en los tiempos de la decadencia helena, ni de los combates que salvaron la libertad, ni de las arengas que prepararon la victoria. Encubierto con manejos de rebotica y perfidias disfrazadas de habilidad, el General Páez convocó elecciones, el 25 de noviembre de 1829, para un

---

<sup>7</sup> *Discurso que la Universidad de Caracas dedica a su protector el guerrero político Simón Bolívar, Libertador de tres Repúblicas y Presidente de la de Colombia.* Pronunciado por el Dr. Tomás José Hernández Sanavria, de su gremio y claustro, en el acto literario que le ha consagrado aquélla el día 18 de febrero de 1827. Caracas, Imprenta de Valentín Espinal, 1827.

<sup>8</sup> JUAN VICENTE GONZÁLEZ, *Mis Exequias a Bolívar.*

congreso que debía decidir de la suerte definitiva de Venezuela. Fue como si se abriera la caja de Pandora. Brutos del nuevo cuño, Brutos sin antecedentes y sin la trágica impavidez de los Brutos verdaderos, proclamaban a grito herido las excelencias del tiranicidio. Y cuando murió el Tirano haciéndoles un legado inmerecido, los advenedizos de la plaza pública continuaban gesticulando y rondaban como chacales en torno a su sepulcro. La juventud, amiga de novedades, inclinada por instinto a la negación, sin lo cual, como dijo Renán, el progreso sería una quimera y el mundo languidecería hasta desaparecer, contemplaba desde lejos la espantosa cerrazón. Pocas voces viriles se alzaron en son de protesta contra la grita sorda y los descompasados ademanes. Y será siempre para su honra, y debe recordarse como lección de fresca integridad ciudadana, que la voz del doctor Vargas se dejó oír con mesura cuando la infamia, en contubernio con la cobardía, pretendió declarar fuera de la ley al Libertador.

Juan Vicente González estaba atónito. Licenciado en Filosofía desde el 15 de junio de 1830, bolivariano por nacimiento, su espíritu se hundió en una crisis sentimental que lo lleva a vestir hábitos y a comenzar la carrera del sacerdocio. A poco reacciona y toma resueltamente por el espinoso camino de las letras, consagrándose para vivir al profesorado, con la honesta pobreza que fue timbre y baluarte de su nombre.

Un día de enero de 1831, bajo la luz suave y consoladora de la luna, dos jóvenes bajaban por la calle de Carabobo hacia la iglesia de San Felipe. Era el uno delgado, moreno, de ojos vivos y nerviosos ademanes; el otro alto, grueso, descuidado en el vestir y con la burda capa echada con negligencia sobre los hombros. Doblaron en San Felipe por la calle del Juncal hacia el templo de San Pablo; se detuvieron en la plazuela y tomaron asiento en un escaño próximo a la fuente de agua limpia que por allí bajaba de Catuche. Eran Luis D. Correa y Juan Vicente González. En los bancos de la escuela se habían ligado de amistad, y ahora, ya hombres, deambulaban con frecuencia bajo el encanto de la noche lunar, absortos en la contemplación de sus hechizos. Pobres ambos, proyectaban abrirse paso por entre la maleza. Apenas tomaron respiro cuando el diálogo, comenzado con pausa, terminó en animado y bullidor.

—No; no es posible que sean ficciones de nuestra fantasía las glorias de Bolívar; la misma insensata violencia con que se le denigra, nos está diciendo que su estrella se levantará sin eclipse en el porvenir. ¿No piensas tú del mismo modo? —Los héroes, decíame ayer uno de los más furibundos enemigos del Libertador, son buenos, necesarios para luchar en tiempo de peligro, vencer a los enemigos, constituir naciones... pero hasta aquí su misión: en adelante son amenazas a la libertad: a nosotros los patriotas toca lanzarnos en el camino que ha abierto su espada, y enarbolar las banderas que conquistó su valor. Ese Bolívar de quien ha oído usted tantas cosas en su infancia, ya no era conveniente: quiso mezclarse todavía en los negocios públicos, y cayó, y con él su nombre y fama: deje usted ilusiones de niño... —Le contesté volviéndole la espalda. Por fortuna no devora a todos la misma insania, y el otro día uno de los tenientes del Héroe me aseguraba contra los tormentos de mi imaginación y me decía con el fuego de una convicción profunda que las pasiones son pasajeras y que sólo es eterno el verdadero mérito; huirán estos días y de esa losa que cubre a Bolívar su nombre se levantará grande y glorioso. —¿No lo cree usted así?— Dime, Luis, que la memoria de los grandes hombres- no puede perecer y que en vano pretenden mancharla las tenebrosas pasiones de los partidos.<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> JUAN VICENTE GONZÁLEZ, op. cit.

Este diálogo parece arrancado a las páginas de "El Rojo y Negro", de Stendhal. Así pensaba, así monologaba Julián Sorel en sus noches insomnes de Verrieres, leyendo los boletines del Grande Ejército y el "Memorial de Santa Helena". Oficialmente Napoleón era un general como otro cualquiera, nacido no se sabía dónde y muerto al servicio de los reyes de Francia. Y la protesta inútil, la pasión que quema las venas a Julián Sorel y lo lanza al crimen por el camino del amor, es la pasión que enciende en iras el pecho de Juan Vicente González. Por once años sus gritos, como los de un demente, irán a romperse contra las olas del Caribe. Y el *toujours lui! lui partout* de Víctor Hugo, que engendrará los versos vengadores "A la Columna", obsede sus días y le impone un voto caballeresco: "Dame, Bolívar, un rayo del fuego que te animaba y yo acompañaré tu soledad con cantos dulces como tu nombre, gloriosos como tus hechos. Cada año yo llevaré una guirnalda sobre su tumba: otras serán más bellas, pero las mías habrán brillado algún tiempo... solitarias como tu sepulcro".<sup>10</sup> El romanticismo venezolano, como el francés, se embriagaba de palabras; pero de esas palabras nacerá con un nuevo culto la reparación de una tremenda injusticia.

Al Elíseo de Virgilio opondrá Juan Vicente González un Elíseo americano, donde hablarán con reposo, como en un diálogo platónico, las sombras de los guerreros de la Independencia. Y la palabra melancolía caerá con frecuencia de su pluma, como una gota de ámbar amarillento. Sus escritos serán desordenados como los movimientos de su naturaleza y llevarán el sello de sus amores y de sus odios. Y todos los años, en cumplimiento del voto de su corazón, encenderá su lámpara en desagravio a los manes de Bolívar. Tiene esta actitud algo de enfermizo que sorprende y desconcierta a sus contemporáneos y atrae hoy la atención de los neurólogos; eso nada importa, si ella crea, como creó, un estado de conciencia y florece en rosas de púrpura ante el mármol de Tenerani y el bronce de David.

Su fervor se confunde con la propia historia del Libertador. En adelante no habrá gesto en favor o en contra de su gloria, que no remate, flecha o cimera, con la admiración o con la rabia del indignado polemista. Atento a sus escritos y con un sentido admirable de la historia, el General Páez pedirá en 1833 que se tributen honores al Libertador. ¿Justicia o arrepentimiento? Que responda quien pueda. Sólo diremos que los resentimientos estrangulaban al nacer la iniciativa. Ningún fruto madura sino en sazón; no era tiempo todavía, como lo prueba el que días antes de la petición presidencial, como el Ministro del Interior Licenciado Diego Bautista Urbaneja remitiera a la Cámara de Representantes dieciséis tomos de la "Vida pública del Libertador" "para que conservándose en el archivo de la Cámara no se releguen al olvido los muchos hechos heroicos que contienen de los venezolanos, y que hacen la gloria del país", observaron los diputados Rufino González y Bonifacio Arteaga "que se usaba el título de Libertador en el acta que acababa de leerse como consentido por la Cámara, y la presidencia aclaró que esta expresión era referente a los mismos términos del oficio de remisión, sin que de aquí se dedujese que la Cámara lo confirmaba o no."<sup>11</sup> Y en este terreno quedó planteada la cuestión por los legisladores de la Patria. No era ocasión para despreciada por el atrabiliario *Traga-libros*.<sup>12</sup> Al salir de las barras de la Cámara los increpa con apostrofes violentos: "Aquella espada, terror en otro tiempo del enemigo, no puede ya herir", y se ampara como con un escudo con el verso virgiliano: *¡Oh miseri, quae tanta insania, cives!*

---

<sup>10</sup> JUAN VICENTE GONZÁLEZ, op. cit.

<sup>11</sup> Archivo del Congreso: *Cámara de Representantes*, 1833.

<sup>12</sup> Así lo llamaban por su afán insaciable de lecturas.



Un espíritu sereno, un gran ciudadano, va a decirnos la significación de aquella pugna entre Bolívar y el Congreso: "Es el privilegio de las asambleas nacionales, y la condición precisa de su existencia, acrisolar la verdad por medio de la duda y la contradicción, resistir a la autoridad, al ejemplo, a la lisonja y a la amenaza, y sólo ceder, convencidos, a la irresistible razón. Es también el privilegio de los grandes hombres conmover profundamente la sociedad, despertar todas las ambiciones y retar todas las vanidades. El Congreso de Venezuela usó de su privilegio, y en su mismo seno usó también Bolívar del suyo. Allí fue el gran reto: allí durante doce años vinieron sucesivamente a escollarse el error, la envidia y la calumnia: allí fueron vencidos los que se creyeron fuertes, y se menguaron los que se llamaron grandes: allí, en fin, la voz de un pueblo, por un órgano incorruptible, proclamó a Bolívar Fuerte y Grande. El silencio de doce años se rompió noblemente. Una sola voz se oyó, hubo un solo pensamiento: "los honores a Bolívar son honores a la patria".<sup>13</sup>

¿Por cuáles medios se había llegado a tan espléndido resultado? Al desaparecer el Libertador, tenientes audaces habían pretendido cubrir sus hombros con la clámide de César y componer para Venezuela la farsa de un nuevo Antonio. En 1835 renacían con la Revolución que se llamó de Reformas las mismas absurdas pretensiones. ¡Todo será inútil, y el nombre de Bolívar, por unánime consentimiento de la opinión pública, no servirá para que Carujo lave su infamia ni para que soldados oscuros se apropien en botín de la República! Él brillará más alto; él será la genuina representación, primero de la tierra que lo vio nacer, y luego de la América cuyas instituciones políticas consolidó con el prestigio de sus hazañas. Fue en vano, pues, que se pretendiera cubrir con su nombre, a título de la restauración del fuero militar, a la cuartelada del 8 de julio.

Este suceso, sin embargo, va a ser decisivo en la vida política de la nación. La sociedad se dividirá en bandos irreconciliables; las proscripciones estarán a la orden del día; la juventud que soñaba con el establecimiento del poder civil verá marchitarse sus ilusiones y *caer sus esperanzas del árbol de la vida*. "Los hijos de los héroes lucharán sin gloria y se confundirán con sus padres en la común desgracia." Juan Vicente González, inquieto, sombrío, bajará por la primera vez a la arena del periodismo, del que llegará a ser maestro insuperable. Sus "Epístolas catilinas sobre el 8 de Julio" en las que despunta apenas el Vulcano de "El Heraldo" representan las miras estrechas de una implacable minoría. Castigo sin contemplaciones pedía para los conspiradores, por la pluma de Juan Vicente González, el círculo del Ministro Michelena; piedad demandaba, en nombre de sus sentimientos humanitarios y de las doctrinas de Raynal y Juan Jacobo, la pluma fina y certera de Lander. Unos y otros se acordaban solamente en no permitir que el nombre de Bolívar fuera profanado por las facciones, ni sirviera de pábulo a la ambición de los caudillos. No; en la conciencia de los venezolanos el amor a Bolívar formará *parte esencial del sentimiento de nacionalidad y en adelante no se concebirá que pueda serse hijo de Venezuela sin ser bolivariano*.

A la concreción de ese ideal, Juan Vicente González había contribuido con su vida y con su obra, con el ritmo generoso de su sangre y con el estallido de sus pasiones y quimeras. Él era de los que no sabían darse sino íntegramente, como los grandes enamorados. Debatándose entre los sinsabores de su pobreza, triste por la incompreensión del medio ambiente, objeto de burlas y de escarnio, su culto por Bolívar lo transformará en

---

<sup>13</sup> FERMÍN TORO, *Descripción de los honores fúnebres consagrados a los restos del Libertador Simón Bolívar*

taumaturgo de la palabra. Ora, impreca, ruge; nadie puede hablar del Héroe sin que armado de todas las armas le salga al encuentro como un Roldan enfurecido. El contacto de fuego con la mirada de Bolívar en 1827 le servirá de luminoso paladión.

Sus atisbos son geniales. En agosto de 1839 la Gaceta publica un paralelo, tomado de la "Revista de Edimburgo", entre Washington y Napoleón. Juan Vicente González escribe su paralelo entre Washington y Bolívar. "Bolívar, dice, en un país aristócrata, tocado por el genio oriental y africano de los españoles, requería para seducir y arrastrar a sus proyectos, el prestigio del valor, la magia de la elocuencia, el encanto de una imaginación rica y brillante, el poder de increíbles hazañas y victorias. En Bolívar el mando era un derecho natural. Con las sublimes cualidades de Bolívar, Washington hubiera despertado temores en los ardientes puritanos del Norte: con las modestas virtudes de Washington, Bolívar no habría adelantado un día la época de la independencia del Sur."<sup>14</sup>

Desde las columnas de "El Venezolano" contesta a *Un Granadino* su artículo sobre el 25 de setiembre. Pasa en vuelo rápido por sobre los acontecimientos y las cosas; se sitúa en el terreno de América y no en el de Roma, como quería el escritor colombiano; ojea la Constitución Bolivariana y elogia el sistema gubernamental que ella establecía, como fruto, no de la ambición, sino de la verdadera democracia. "La Constitución Bolivariana, escribe, no es el despotismo; es el pensamiento, es el error, si se quiere, de un espíritu superior que trata de confiar el ejercicio de la autoridad a pueblos que no la conocen, a pueblos educados para el despotismo, en medio de mil ambiciones, de almas bajas, en medio de los crímenes de una época sangrienta. ¿Qué falta a la Constitución Bolivariana? ¿No hay allí elecciones primarias, cámaras, imprenta, libertad? ¿Podría darse a un pueblo rico, asiático, aristócrata, Constitución más liberal...? Con este sistema de Gobierno pensó él asegurar la conservación de Colombia y evitar en adelante revoluciones y anarquía. Si se engañó, nadie puede decirlo; el tiempo no lo puso a prueba. ¿Pero a nosotros nos han libertado estas instituciones, que nos complacemos en llamar liberales, de esos monstruos que devoran las Repúblicas modernas? ¿No presentan todas ellas el escandaloso y triste espectáculo de interminables revoluciones?"<sup>15</sup> La realidad, como al propio Libertador, tornáballo incurablemente triste y pesimista.

El 15 de diciembre de 1840 se efectúa el traslado a París de las cenizas de Napoleón. Francia rodeaba el retorno del Águila de singular magnificencia: así era necesario para ennoblecer ante las multitudes a un régimen sin prestigio.

Al publicar los periódicos de Caracas la descripción de los funerales y el acto de colocar el féretro en los Inválidos, las imaginaciones criollas se encendieron de entusiasmo. La simiente de las ideas francesas germinaba como de costumbre en campo labrantío. Y ya nada pudo contener el anhelo general que pedía para el Libertador un homenaje semejante. El General Páez, intérprete de las aspiraciones nacionales, se dirige al Congreso, y éste dicta un Decreto en cuya redacción tomó parte principal Fermín Toro. La sobriedad con que el Rey Luis Felipe recibió de su hijo el Príncipe de Joinville el sagrado depósito: *Sire, os presento el cuerpo del Emperador Napoleón; —Lo recibo en nombre de la Francia,* inspiró a los legisladores venezolanos uno de los documentos más sobrios de nuestra literatura oficial. ¡La hora soñada por Juan Vicente González había sonado al fin!

La Universidad quiso adelantarse a la apoteosis y contribuir a la exaltación del sentimiento público con el acto literario que celebró en la mañana del 28 de octubre de

---

<sup>14</sup> JUAN VICENTE GONZÁLEZ, *Mis Exequias a Bolívar*.

<sup>15</sup> JUAN VICENTE GONZÁLEZ, op. cit.

1841. Era Rector Tomás José Hernández Sanavria, el orador de 1827. Juan Vicente González, Profesor de Gramática y de Retórica hizo el panegírico de Bolívar y sustentó que la libertad era el alma del talento.

En cumplimiento del Decreto del Congreso, el coronel Agustín Codazzi, en asocio del dibujante Carmelo Fernández, diseñó en París los arcos triunfales, el carro y el catafalco que servirían para la imponente ceremonia. Corporaciones y particulares ofrecieron su cooperación; se trabajó con ahínco; renació, para decirlo de una vez, el entusiasmo del 10 de enero de 1827.

Juan Vicente González, empujado por el orgullo de la obra realizada, escribió el paralelo entre Bolívar y Napoleón que todos conocemos. Y cuando entre transportes de júbilo y el llanto de las emociones contenidas llegó el 17 de diciembre de 1842, y el cañón anunció desde la explanada de La Trinidad la marcha, con ritmo marcial y religioso, de la urna que contenía los despojos del Libertador hacía el templo de San Francisco, por entre la apiñada multitud rompía filas un hombre que iba a colocarse en la tribuna destinada a los profesores de la Universidad. Era Juan Vicente González, que vivía el minuto más feliz de su existencia. Su voz de acentos agudos, cobra el metal de un clarín de guerra, y al aparecer la urna en hombros de sus discípulos, saluda con un verso heroico a la augusta sombra que por once años había cantado en el sepulcro:

*¡Padre y creador de vírgenes naciones!*